

A las oraciones citadas y á los cantos unía el sacerdote pequeñas preces que eran oídas con recogimiento.

Pero lo que causó en todos profunda emoción, era escuchar á la multitud rezando en coro como si hubiese sido la de todos una sola voz, así como también lo inspirado de los cantos, sobresaliendo entre las voces la del tenor, vibrante y sentida. Aquello era para oído y no para descrito.

Pueden creer nuestros lectores que el recuerdo de aquellas plegarias y de aquel pueblo devoto más que en la mente se ha grabado en nuestro corazón. Nos retiramos dulcemente complacidos de las fiestas de ese día y llenos de gratitud hacia la Santísima Virgen que nos concedió la dicha de presenciarlas. El autor de esta obra se sintió enfermo al llegar á Lourdes; pero, no obstante eso, se dirigió á la gruta, probó el agua de la fuente y no volvió á sentir la más leve molestia. De este hecho hay muchos testigos.

Llegó el siguiente día, 12 de Febrero, y á la felicidad de hallarnos en aquel sitio tan santo, se unió el recuerdo de nuestra augusta Madre la Virgen de Guadalupe. Allí la honrábamos bajo otra advocación, y sin esperarlo nos encontramos su imagen al visitar la basílica. Esto nos alentó aún más, y gozosos nos pasamos la mayor parte del día en los alrededores de la gruta y en la gruta misma, implorando el auxilio de la Virgen Santa para las prendas de nuestro corazón que, ausentes, no disfrutaban de nuestra dicha.

Hay allí un panorama en que se ven las apariciones de la Virgen de Lourdes y muchas casas donde se vende toda clase de objetos, que el peregrino lleva al hogar como uno de los recuerdos más gratos de su vida.

Una cosa nos faltaba y tuvimos el gusto de satisfacerla. Visitamos la casa y el molino de la familia Soubirous, es decir, la de Bernardita que, convertida en Sor María Bernarda, entregó su alma al Señor, dando señales de acendrada piedad. Vimos allí el lecho en que dormía, conservado con una reja de hierro; algunos autógrafos suyos y dos retratos al óleo, uno del abate Peyramale y otro de Monseñor Laurent, que tanto empeño mostraron en aclarar los maravillosos sucesos de Lourdes para honrar debidamente á la Virgen Inmaculada.

Olvidábamos decir que, de regreso á la patria, nos encontramos en Lourdes con varios sacerdotes peregrinos que volvían de la Tierra Santa, como los señores doctores Amador, Rivera Soria, Cano, Gómez Plata, Aguilar y Ramírez. Asimismo se hallaba en aquel lugar el señor cura don Manuel Díaz y Calderón, feliz autor del Himno Guadalupano, con la señorita Gabriela y don Joaquín, sus hermanos; las señoritas Rojano y Sagasti, y los señores Villegas y Mesa, detenidos allí por la enfermedad de su respetable padre el señor don Encarnación Díaz. Menos este caballero, concurrieron todos á las fiestas celebradas en Lourdes.

Allí se despidieron del señor Macías y su familia y de nosotros, la señora Uranga de Terrazas, su hija la señorita Merced y la señorita Herminia Fernández, que desde Roma habían sido nuestras compañeras de viaje. Esta fué para nosotros una pena, pues nada extraño es que entre personas de unos mismos sentimientos, nazcan con el trato puros y desinteresados afectos.

El adiós á Lourdes se nos imponía por la necesidad

de proseguir nuestra marcha; pero de buena gana habríamos permanecido allí donde el culto á la Virgen María se manifiesta con especialidad. Un pueblo amante la venera; las flores de los campos le ofrecen sus aromas, las aves de la selva sus gorjeos, las brisas de las montañas y las aguas bulliciosas sus rumores, y el cielo tachonado de estrellas su esplendoroso manto.

Ocupamos de nuevo el tren y con los inevitables trasbordos que se hacen en algunas estaciones, llegamos á Toulouse, donde nos detuvimos, más que por otra causa, por tomar algún descanso. No tuvimos por qué arrepentirnos de esa resolución, como verá el lector más adelante.

Toulouse, la llamamos así para que no se confunda con Tolosa, la de las Navas, es en Francia la capital del Alto Garona, ciudad que une á restos notables de la antigüedad, edificios modernos que la embellecen muchísimo. La extensa calle de Alsacia-Lorena está ocupada por los establecimientos mercantiles de mayor importancia y conduce á la plaza donde se levanta el gran palacio de la República. El *boulevard* Strasbourg, largo y de bastante anchura, con árboles en las aceras se distingue por sus edificios y cafés, que rivalizan con los de muchas ciudades modernas.

Su canal atravesado por puentes tiene bonito aspecto y facilita la comunicación de la ciudad con varios puntos del Garona. Mas, de lo que se muestra orgullosa Toulouse, y con sobrada razón, es de su insigne basílica de Saint-Sernin, de la cual daremos breves noticias, aunque de ella pudiera escribirse un grueso volumen.

Esta basílica, tipo completo de la arquitectura romana, data del xi siglo. Fué consagrada solemnemente, después del Concilio de Clermont, por el Papa Urbano II, en presencia de muchos arzobispos y obispos el 24 de Mayo de 1096. En ella reposa el cuerpo de San Saturnino, primer Obispo de Toulouse.



TOULOUSE.

Nos sería difícil dar á conocer el interior de ese majestuoso templo en todos sus pormenores; pero sí diremos algo de su altar mayor y de su notabilísima cripta. El baldaquino de aquel altar está sostenido por seis columnas que son monolitos de mármol. La tumba de San Saturnino descansa sobre cuatro toros de bronce y sobre ella se ve la apoteosis del santo obispo. Al

derredor están los bustos de los obispos de Toulouse que han sido canonizados, y en cada uno de ellos se guarda una reliquia.

No nos detendremos en describir las sillas del coro ni otras minuciosidades, que si bien son dignas de elogio, alargarían demasiado este libro. Sólo haremos notar que el órgano, decorado con las estatuas de David y Santa Cecilia, es un magnífico instrumento que comprende cincuenta y cuatro juegos y tres mil quinientos tubos.

Muchas son las reliquias de santos que se conservan con veneración en los altares de la iglesia; pero haciendo abstracción de ellas veamos lo que contiene la cripta. A la puerta de entrada se lee la inscripción: «*Non est in toto sanctior orbe locus.*» (No hay lugar más santo en todo el orbe). En seguida se lee lo siguiente: «*Hic sunt vigiles qui custodiunt civitatem.*» (Aquí están los vigilantes que guardan la ciudad).

La cripta se divide en dos partes: en la superior se encuentran una casulla que pertenció á Santo Domingo; un cofrecillo que contiene reliquias de San Cristóbal; una cruz del siglo XIII, adornada de turquesas, que perteneció á San Luis; relicarios conteniendo reliquias de San Gaudencio, San Exuperio, San Roque, San Gregorio el Grande, San Justo y San Pastor, y otros santos y santas; el cráneo de Santo Tomás de Aquino; una estatua de la Santísima Virgen con un pequeño fragmento de su vestido; las reliquias de Santa Cecilia, San Pío V, San Ramón, San Marcial, San Remigio, San Mauricio y otros; una casulla de San Pedro de Verona; los guantes de San Remigio; una mitra de San Exu-

perio; las reliquias de Santa Germana, originaria de Toulouse; de San Guillermo, Santa Agueda, San Vicente de Paul, San Bernardo, San Bernabé, Santa Victoria, San Blas, Santa Lucía, Santa Escolástica, San Ciro y otros. La cúpula de esta cripta está sostenida por seis artísticas pilastras, y en la clave está representada la coronación de la Santísima Virgen. Todavía en este lugar se encuentra el hermoso relicario de la Santa Espina encerrado en un tubo de cristal. La Santa Espina fué desprendida de la Corona del Salvador por San Luis que, como dijimos hablando de Nuestra Señora de París, se conserva en aquella ciudad. La regaló á su hermano Alfonso, Conde de Poitiers y de Toulouse, que á su vez la donó al tesoro de Saint-Sernin.

A la entrada de la cripta inferior se hallan las estatuas de Carlo Magno y Constantino. En sus capillas se encierran: el cuerpo de San Raimundo, Canónigo de Saint-Sernin; el del Apóstol San Bernabé, enviado á la iglesia por Carlo Magno; reliquias de San Edmundo, ofrecidas por Luis VIII, á su vuelta de Inglaterra; las de San Gilberto; un fragmento de la verdadera Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, encerrada en un precioso relicario; parte del cuerpo de Santiago el Mayor, pues como hemos dicho, lo principal se encuentra en España, en Santiago de Compostela; las reliquias de San Honorato; los cuerpos de los Apóstoles San Simón y San Judas Tadeo; los de los Apóstoles San Felipe y Santiago el Menor, y el cuerpo de San Hilario, obispo de Toulouse.

Allí mismo se encuentran las estatuas de los seis

Apóstoles cuyos cuerpos se veneran en sus urnas respectivas. En el archivo de la basílica se guarda un acta que refiere el siguiente extraordinario suceso: «En 1518, 14 de Marzo, dos hombres en presencia de estas estatuas se injuriaron blasfemando de Nuestro Señor



VISTA DE LA BASÍLICA DE SAINT-SERNIN (TOULOUSE).

Jesucristo y de los santos Apóstoles que lo rodeaban; instantáneamente se levantaron estas estatuas por tres veces: Santiago el Mayor bajó la cabeza é hizo una reverencia tan profunda que los asistentes temían que se cayese, tanto que una joven la tomó, no obstante su peso, y la volvió fácilmente á su lugar.—Todas las demás estatuas volvieron por sí mismas á sus puestos, haciendo sólo mucho ruido como personas armadas.»

Firman á petición de varios grandes señores esta acta, con el notario que la levantó, once testigos.

Un cronista contemporáneo, dando algunas noticias respecto de la basílica, dice entre otras cosas: «Las reliquias de San Judas atraen particularmente la atención de los fieles que tienen que recomendar á Dios asuntos difíciles. De los puntos más apartados de Francia y del extranjero llegan peticiones de súplicas para que se propongan á la archicofradía de los Cuerpos Santos en su reunión de cada mes, y no es raro que la narración de una gracia obtenida siga de cerca á estas cartas de recomendación.» El mismo autor da la siguiente nota: «En la nueva escuela cristiana de Saint-Sernin, la clase de los alumnos más pequeños está dedicada á San Judas. Todos los días esos inocentes niños dirigen peticiones especiales ante la imagen y la reliquia del poderoso Apóstol, para recomendarle las intenciones de las personas que tienen favores que pedirle y que han dado una limosna para el sostén de esa escuela, que es muy numerosa, y cuesta más de *quinze mil francos* al año.»

Nos ha parecido oportuno dar á conocer la nota anterior como una de las numerosas pruebas del empeño que tienen los católicos de Europa, por difundir y propagar la enseñanza cristiana en las escuelas. Bien hacen en cuidar los *templos vivos* de Dios y su conducta debe ser imitada por los católicos de todo el mundo.

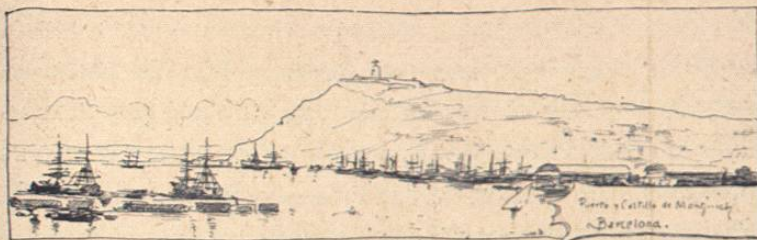
Contentos por haber podido visitar un santuario que guarda tan preciosos tesoros para la Cristiandad, nos preparamos para seguir el interrumpido viaje. Antes de la media noche tomábamos el tren que debía llevarnos á la frontera de España. Al pasar por Narbona,

divisamos un terrible incendio que amenazaba destruir una buena parte de la ciudad. Imponente era aquel espectáculo; pero por fortuna no causó desgracias personales, según supimos por la prensa.

En Port-Bou registraron nuestros equipajes los empleados de la aduana, y no rápida sino lentamente, nos llevó la locomotora una vez más á Barcelona, que dos meses antes habíamos visitado. La vuelta á España, tierra de nuestros mayores, fué para nosotros motivo de regocijo.



CASA DE BERNADETTE.



## CAPÍTULO X

LA suntuosa metrópoli de Cataluña estaba de fiesta. Acercábase el Carnaval y se preparaba á celebrarlo con toda pompa; pero sea que la nieve cayera sobre la ciudad ó más bien que las costumbres van cambiando radicalmente, lo cierto es que no hubo en esos días novedad que merezca mencionarse. Muchos paseantes y no pocos carruajes por las Ramblas y el Paseo de Gracia, y con eso terminó la fiesta, es decir, hasta el martes, pues el miércoles de ceniza, como si la humanidad buscara siempre lo vedado, aquello fué otra cosa.

Es añeja costumbre pasar el día en los alrededores, en el campo, y toda Barcelona queda desierta. Se cierran las casas de comercio y todos los principales esta-